



SUMARIO

- CARLOS MIRANDA**
El adulterio.
- RAMÓN ASENSIO MÁS**
Los fresones.
- ENRIQUE GARCÍA ÁLVAREZ**
Epigramitas.
- FELIPE TRIGO**
Así paga el diablo...
- J. MARTÍNEZ JEREZ**
A una dama viuda.
- DIEGO, SAN JOSÉ**
Proverbio.
- EL CONFESONARIO**
Artículo de PILAR MONTERDE
- TOMÁS BORRÁS**
Adulterio.
- ANTONIO DE LEZAMA**
Un cuento viejo.
- JOSÉ BRISSA**
Candor.
- MARIANO F. CONDE**
En el baile.
- PEPE ONTIVEROS**
Mis aventuras amorosas.
- TOVAR, CYRANO, BLAS
y ALFONSO**

Caricaturas y retratos de Margot, La Fea, Pepita Vázquez, Pilar Monterde, Carlos Miranda y otros dibujos.



MARGOT, LA FEA

Gentil «danseuse», del Salón Madrid,

5 cénts.

EN CASO DE FLAGRANTE ADULTERIO ¿CUAL CREE USTED QUE DEBE SER LA ACTITUD DEL MARIDO?

RESUMEN, VEREDIC- TO Y SENTENCIA

I

SEÑORES DEL JURADO:

Ya habéis visto que, en estas *cornológicas* cuestiones hubo, y ha habido, y hay, y habrá opiniones para todos los gustos, ¡vive Cristo!

Podría hacerse un succulento pisto con estas luminosas discusiones; pero es como rascarse los talones pretender—con los tontos—ser un listo.

Ya sé que no tenéis vosotros de eso —de tontos—absolutamente nada; yo ni un pelo siquiera, lo confieso.

Y, como la cuestión está juzgada bastantemente—acaso con exceso—, doy aquí mi misión por terminada.

II

Al Jurado le conviene —después de deliberar en conciencia—declarar que el adulterio no tiene nada de particular.

En caso de ser flagrante, puede el cónyuge ofendido dar (de su esposa al amante) por detrás ó por delante la pena que ha merecido.



Por todo lo dicho, yo contesto á todo que NO; y, al ver que aquí no hay culpables, declaro que ese «gachó del arma» es un hombre de pro... nunciamientos favorables.

III

En vista del informe del Jurado, queda libre y absuelto el procesado.

Por la copia,

Carlos Miranda.

Que en estos lances la suerte se inclina hacia el que *madruga*, sea ó no sea el más fuerte; y el otro sufre la muerte... y, entre col y col, lechuga.

La mujer debe quedar, en todo momento, indemne; pues no es lícito matar á quien, en hora solemne, fué con su amado al altar.

El hecho de que la esposa se halle desnuda en la cama, no prueba sino una cosa: que en verano es muy hermosa la sierra de Guadarrama.

Los fríos serán alevés en el rigor del invierno; mas en estío son leves; puesto que entonces, ¡qué cuerno!, se funden hasta las nieves.

LOS FRESONES

CUENTOS INOCENTES



I RA Consuelo Robles, á los treinta años, la viudita más codiciable de cuantas pasean, sus arrogantes gallardías por las alamedas del Retiro y la playa de Recoletos.

Metidita en carnes sin exageración, rubia como el oro y con unos ojos grandes y azules capaces de hacer pecar al casto José, podían señalarse con piedra blanca las tardes que regresaba á casa sin una verdadera escolta de adoradores, que inútilmente imploraban el regalo de una mirada ó de una sonrisa y en vano aguardaban, desde la acera de enfrente, que la desdénosa viuda se asomase al balcón.

Esta esquivéz de la de Robles, esta fidelidad que guardaba como un culto á la memoria de su difunto esposo—alto empleado en Hacienda, condecorado con la cruz de Carlos III, que murió obscurecido entre expedientes y legajos—la conquistó las simpatías del barrio en que habitaba y fué origen y sostén de su reputación de virtuosa é inabordable. Jamás hombre alguno traspasó los umbrales de su casa, excepción hecha de cierto primo llamado D. Carlos, bizarro capitán de Artillería, que la visitaba dos veces por semana para darle cuenta de ciertos asuntos administrativos y velar por la educación del joven vástago, pues conviene advertir que la viuda era rica y que, de su matrimonio con el de Hacienda, quedó en el mundo como recuerdo un avispa mozo que á la sazón contaba ocho años, y que en la pila bautismal recibió el nombre de Juan Felipe.

II

Los arrendatarios y colonos de las distintas haciendas de la de Robles parecían haberse juramentado para enviarla todos los años, como regalo, una muestra de los frutos que en sus tierras se producían. Merced á tan delicada atención, nunca faltaban en la

mesa de aquella casa, cuando llegaba el momento de los postres, los melocotones de aterciopelada piel, las cerezas de color de fuego, las naranjas de exquisito zumo ó las manzanas y peras más sabrosas.

Y ocurrió que, una tarde, hallándose de visita el capitán, acertó á llegar un campesino de Aranjuez que venía á pagar el arrendamiento y á obsequiar de paso á la señora con dos cestillos de fresones gordos como nueces, encendidos como amapolas y más dulces que la miel alcarreña. Muy cerca de dos horas se estuvo el hombre elogiando sus habilidades de horticultor, hasta que, ya cerca del anochecer, tomó el partido de marcharse, despidiéndose hasta el año próximo con grandes protestas de amistad y de gratitud.

Quedáronse al fin solos la suculenta viuda y el impaciente capitán, y respiraron libremente... Pero, sin duda, tenían que tratar de graves asuntos, en los que no les convenía ser interrumpidos, porque apenas desapareció el colono, levantóse rápido el militar, cerró de golpe la puerta del gabinete y se le oyó echar por dentro la llave para mayor seguridad y garantía.

III

Minutos después regresaba Juan Felipe del colegio, acompañado por la doncella. Abrióles la puerta la cocinera, y ante las impacencias del chico, que preguntaba por su madre, hubo de responderle:

—En el gabinete la tienes. ¡Corre, que ha venido D. Carlos!

Corrió, efectivamente, el mozo; atravesó el recibimiento y el pasillo, cruzó la sala, llegó á la puerta del gabinete y trató inútilmente de entrar.

—¿Qué hacéis...? ¡Abrid! ¡Soy yo!

Pero aguardó en vano. Entonces, pegó el oído á una rendija y escuchó; en el gabinete no se oía nada, y únicamente de la alcoba parecía llegar, de tarde en tarde, un rumor apagado y confuso. Reflexionó Juan Felipe, cayó en la cuenta de que el gabinete comu-

NUESTRAS COCOTAS



PILITA VÁZQUEZ

nicaba con la alcoba y ésta á su vez con el pasillo, por medio de una puerta de escape..., y allá se fué veloz, aunque con igual resultado negativo, porque — ¡oh, previsión! — también la puerta de la alcoba estaba cerrada por dentro.

Encorajinado y furioso volvió al gabinete y empezó á dar patadas sin miramiento; una, dos, cinco, diez, catorce, veinte... Giró rápidamente la llave, abrió el capitán, con cara

peinador. Juan Felipe la increpó furioso.

—¿Por qué estábais encerrados?

Pero el capitán tuvo de pronto una inspiración, y acercándose á la mesita, donde quedó olvidado el regalo del campesino de Aranjuez, dijo cogiendo uno de los cestillos y presentándose al muchacho, que lo miró codicioso:

—¡No lo ves, tonto?... Porque estábamos comiendo fresones.

IV

Pocas noches después, al volver la de Robles del teatro, oyó en el cuarto de su doncella ciertos ruidos sospechosos. Acercóse alarmada y la sorprendió con el asistente de un coronel que habitaba en el principal.

El escándalo fué mayúsculo y la doncella despedida inmediatamente.

Y ahora, cuando alguien de la vecindad le pregunta á Juan Felipe por la doncella, el chico sonríe y dice guiñando un ojo:

—¡Ya no está en casa!... La echó mamá porque la encontró comiendo fresones.

Ramón Asensio Más.



Ella.—¿Y á donde quiere usted que vayamos?...

El.—A paseito, á moverno. á estirar las piernas.

Ella.—¡Ay! A mí me gusta moverme, pero sin estirar las piernas...

de pocos amigos, y el chiquillo entró como una tromba.

—¿Y mamá?... ¿Dónde está mamá?

Corrió hacia la alcoba, pero el de Artillería le detuvo por un brazo.

—¡Aguarda, hombre!... ¡Escucha!...

Un momento después apareció la viuda muy sofocada, con los rubios bucles en desorden, arreglándose las cintas y encajes del

EPIGRAMITAS

El rimador Áureo Soto,
autor de la oda *Mendigos*
y el canto *El ensueño roto*,
regresó anoche de un coto
de cazar con dos amigos.

—¿Qué tal?— le dijo Pascual—

¿traerás perdices muy ricas?

—¿Perdices, dices?... ¡No tal!

¡Ni un gorrión!... Y menos mal
que vengo con dos maricas.

*

Dos cajones de botellas
de *coñac* y de *chartrés*
y dos figuras muy bellas
rifaron las de Penellas
en su casa no hará un mes.

Las dos lindas figurillas,
que eran de Arte maravillas,
le tocaron á Moriones;
y á don Pascual Cabanillas
le tocaron los cajones.

Enrique Garcia Alvarez.

ASÍ PAGA EL DIABLO...⁽¹⁾

PARTIÓ con Garona el coche. Juan sintió á Martina.
—Don Juan, la señora llegó ayer. Me ha encargado que le ordene usted su biblioteca ahora, antes que se levante.

—¿Su biblioteca?

—Sí. Está por el otro lado de este piso. Venga usted. Es cuestión de un rato.

Juan, que tenía mucho que escribir y que estaba viendo, además, en Martina un algo de perversa confidencia, pensó en hacerse substituir por Victorino. Victorino estaba vintiendo á la biblioteca desde hacía tres días. Garona habíale visto ya, y habíale quedado prendado de él... ¡No, no debería Juan meterle en confianza! Se levantó, y cruzó el hotel guiado por Martina. Salones, gabinetes... todo con alfombras, todo medio á obscuras.

—Aquí. Son esos libros. Se ve poco; pero no abra mucho más, ni haga ruido, porque está durmiendo la señora.

Y le dejó en un camarín de sedas color malva.

Apenas se veía. La luz del jardín entraba por una abertura del balcón y tamizábase en un tendido transparente. Fué á abrir más, y no supo alzar el transparente. No entendía el mecanismo. Además, al mover las colgaduras, había hecho vacilar una vitrina. Miró. En otra portada, otro amplio cortinaje recogido en pabellones, cerraba su gran hueco con un tul. Habíale dicho que estaba durmiendo la señora. Quizás allí, ó cerca. No debía hacer ruido.

(1) Del libro que con este título acaba de poner á la venta nuestro maestro y amigo Felipe Trigo.

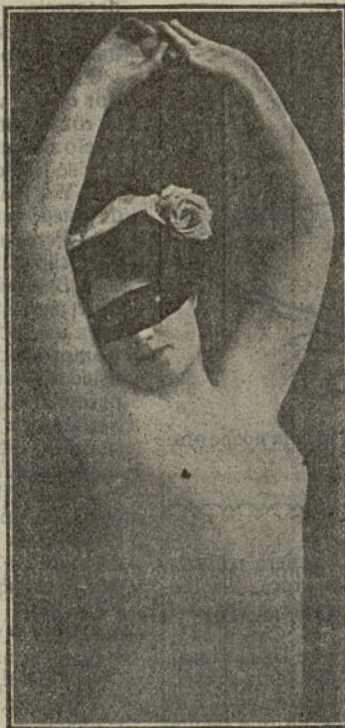
Conformóse con aquella claridad, y se sentó junto al estantillo giratorio. Los libros, primorosamente encuadernados, eran poco más de tres docenas. Estaban en desorden en el suelo. La escasa luz dejábale leer los títulos con pena.

Hombre... ¡Religiosos!... *El áncora de salvación*, el *Kempis*, *Meditaciones*... Pero el cuarto que cayó en sus manos... ¡ah!... de Antonio de Hoyos, *A flor de piel*... y el quinto una *Claudine*, de Willy... ¡Caracoles! Empezó á clasificarlos.

De pronto, volvió la cabeza hacia el ramado tul de la otra estancia. Nada, oscuro, negro. Había creído notar algo así como el crujiir de unos muelles. ¿Estaría tan cerca durmiendo la señora? Tras el tul habría puertas que la interceptasen la luz. Aparte de que habíala él aumentado. No obstante, acentuó sus sigilos... con un miedo de... de... ¡sí, de respetos!... porque según iban le abrumando los íntimos faustos de esta casa, y á pesar de la indiscreta opinión de Victorino, hallaba más absurda su inquietud de estar siendo la grosera ansia de una mujer tan distinguida. Victorino era un golfo que creía á una duquesa capaz de conquistar á su *chauffeur* y á su cochero..., y él, Juan, en todo caso, acogido por Garona como listo, no iba á haberle parecido á la esposa tan zoquete como un cochero ó un *chauffeur*.

Volvió á mirar, porque sonaban los muelles. El tul permanecía en su reposo de gran velo tendido, y detrás la obscuridad. Pero de pronto, se alumbró. Unos eléctricos focos, invisibles, acababan de

DUESTRAS ARTISTAS



¿...?

encenderse; y el diáfano telón dejaba clarear perfectamente la alcoba y un lecho doselado. ¡Oh, qué magia! ¡Qué teatro de locura! ¡Por Dios!... Un brazo recorrió unas sedas y tules en el lecho, y apareció Casilda sentada entre damasco...

El primer impulso de Juan fué correr. Detuviéronle el asombro y el miedo de ser vis-

¡AL FIN SOLA!



—¡Y pa esto, pásese usted toda la noche ofreciendo maravillas!

to. Y miraba, miraba, sin siquiera respirar. No era capaz de concebir la procaz insolencia de esta escena, si fuese preparada. Y si no lo fuese...

Pero... la dama salía de entre las sábanas... ¡qué barbaridad!... ¡por dónde tenía el escote!... Y las piernas... Juan tornó súbito la faz y se la cubrió con las manos. ¡A qué pequeña cosa llamaba una elegante una camisa!... ¡Qué barbaridad!...

Un minuto. Menos tal vez. Sentía detrás un rumor de broches, como de ligas y zapatos. Sintió después rumor de sedas... Volvió á mirar, y vió que la dama se ponía un amplio ropón blanco con franjas bordadas, color fuego... Menos mal. Sino que el ropón no tenía lazos ni botones. Delante cerrábase cruzado con una banda. Esta debía ser el famoso *saüt de lit*.

Y se horrorizó el joven. La dama, lenta, y anudándose la banda del ropón, se dirigía hacia el transparente... ¡Oh, sí, sí, qué barbaridad!... Llegó... y entró... y le vió... Juan, convulso, había acertado á levantarse, y sonreía. Ella, con la sorpresa en la faz, fulguró: —¡Oh, Juan! ¡Usted aquí!... ¡Por Dios, amigo mío! ¡Qué imprudencia! ¡Qué audacia!... Y me habrá usted estado viendo... ¡Ah! Se ocultó la cara entre los dedos, llenos de brillantes, y parecía desoladísima.

—Yo, señora, había venido...

—¡Chis! ¡Si le sintiesen!—cortó ella en baja voz y mirando alrededor como aterrada.

Tras un dramático silencio, se sentó. Se llevó un momento á los ojos el pañuelo y rogó en seguida con un tono resignado de desgracia:

—¡Siéntese, Juan, amigo mío! ¡Se impone una leal explicación entre nosotros!

El licenciado, atónito, fulminado también por ciertas vislumbres nacarinas que había la rubia dama descubierta al sacarse el pañuelo del pecho, tomó puesto á su lado, según se le indicaba.

—Yo, Juan, en verdad, todo lo esperaba de usted; mas no tanta osadía!...

—¡Perdón, señora! ¡Estoy aquí porque me ha dicho Martina que esos libros!...

—¡Bah, bien, sí!—volvió ella incrédula y dulcemente dolorosa á interrumpirle. —¡Y vaya una ocasión de transmitirle mi orden! Comprendido. Un poco imprudente ha sido usted al aliarse con Martina; pero fuerza es perdonar, ya que lo ha hecho. ¿Cómo no?... Sería yo en balde hipócrita si no le confesase que ya no es tiempo..., que ya no es ocasión más que de perdonar..., tras la enorme, tras la terrible conmoción causada en mi vida toda por su asedio. ¡Sí, sí, muy tarde, Juan, y más habiendo usted puesto en el secreto de los dos á una criada que, después de esto, creará mi falta irremediable!

Volvió á sacarse del seno el perfumado pañolillo, y volvió á llevárselo á los ojos.

Juan exclamó:

—¡Señora!

Y lloraba tanto la señora, con unos secos y ahogados sollozos tan sinceros, que el joven se inclinó hacia ella levemente, tendiendo en el aire una mano.

—¡Señora! ¡Por Dios, señora!

—¡Juan—exclamó ella arrojando de pronto el pañuelo y cogiéndole la mano con pasión—es inútil que me finja ese respeto! ¡El ha sido su sistema, bien lo he visto!... Primero, me indignó; después quise persuadirme de sus verdaderas intenciones la tarde aquella... en el billar..., y ¡oh, su hábil modo de hacerme insensiblemente escuchar y decir inconveniencias!... Quise luego aprovechar la boda de mi hermana por alejarme de mi obsesión y del peligro, y he aquí que en la primera mañana de mi vuelta, me pone usted en esta situación.

Fué tan grande su aflicción, que cayó tronchada á gemir y como á ocultar su vencimiento contra el hombro trémulo del joven. Este, sujeto además histéricamente por la mano, permaneció rígido, aguantándola, toda su carne y su ser en una trepidación atónita de dudas. De dudas, de opuestas emociones. Era la primera, puesto que él había cerrado los ojos, y temblaba, si habríala dado algún ataque... ¿salir entonces? ¿Pedir auxilio? Era la segunda el... balazo con que Garona, si volviese en este instante, los atravesaría á los dos desde una puerta. Y en fin, contra la misteriosa seducción de aquellas penumbras de los senos que él miraba de reojo en el abierto *saut de lit*, contra el abrasado contacto de aquella mano y de aquel pelo de seda en su garganta, contra el fuego de suspiros dolorosos de aquellos labios, que podría significar la pasión loca de una honrada sin ventura... flotaba por su espíritu de sabio, no exento de altiveces, el enojo por la burla de que hacíale objeto de la... ladina, la insolente, que intentaba conquistarle lo mismo que á un cochero. ¡Quer-rer hacerle tragar que él la asedió, que él la provocó á las imprudencias del billar!... Veía bien claro; al fin, gracias á Victorino. Tenía razón Victorino... Y supondríale á él esta mujer una idiotez digna de un pescante.

No se movía. Ella, en cambio, le apretaba más la mano; había vuelto la cara, y le suspiraba ó le besaba en una oreja. ¿Le besaba... ó eran aquel dulzor y aquel húmedo calor los de su aliento? ¡Qué barbaridad! Los respetos y enojos de Juan se iban disipando. De la oreja le bajaba á todo el cuerpo un cosquilleo de todos los diantres... ¡Ah, qué infierno de delicia! Sentíase desfallecer... sentíase vencido... En una turbación, miró á la puerta y creyó ver á Garona apuntándole... «¡Miserable!, ¿qué estás haciendo de mi honor?» Y no, no dejábale calma para nada esta alucinación con Garona... Y no, no estaba aquí... pero el revólver... la traición... de todas suertes, podía el fantasma servirle de pretexto.

Se levantó. Y con tal ímpetu, que quedó desenlazado de la dama y á dos pasos del diván.

—¡Señora!

—¡Qué!—inquirió Casilda, tomada en sus-tor por aquel súbito terror.



—El.—¡Y pensar que antes era ella quien llevaba la cesta!...

—¡El señor Garona! ¡Su marido! ¡He creído sentir un coche en el jardín!
Y escapó del gabinete.

Felipe Zrigo.

Á UNA DAMA VIUDA

Trocad, señora, el manto en capirote y el negro veludillo en seda clara, no decoréis de palidez la cara ni ardid hagáis que á llanto os alborote.

Bien va vuestro dolor de galeote en tan linda galera. ¡Oh, quién bogara por ese golfo que una luna ampara desde el cuarto creciente del escote.

Mas ved que si hoy sois viuda, aún sois pues marido y amigos una cosa ¡esposa, para vos fueron por tan sabios modos.

Y si Amor, á la muerte en vos va junto, llorando á todos como al fiel difunto no tendréis tiempo de llorar á todos.

J. Martínez Jerez.

PROVERBIO ⁽¹⁾

I. Era apacible y bella la tarde, tarde de Primavera, en que las caricias del aire y el aroma de las flores embalsaman el ambiente. Tarde que al amor convida y á la meditación, en la soledad del campo, en la santidad del templo y en la deseada quietud de las alcobas.

II. Y en santo amor, como padre é hijo,



—Ha dicho mi mamá que no se ponga usted tonto, que el tendero de la esquina se los da á peseta y los tiene más gordos que usted.

salían del poblado, un hombre de ya mediana edad y un niño rubio como el oro del arca santa, y blanco y rosado como los pe-

(1) Tomado del *Antiguo Testamento*, evangelio de San Lucas.

chos de la virgen en que se amamantara.

III. Y el hombre, que siendo mortal de la tierra ya para santo estaba elegido, hablábale al muchacho, con el mismo respeto que si Dios fuera y en su santo templo se manifestara.

IV. Y el niño caminaba delante, y en vez de solazarse como los muchachos de su edad, tirando cantos á los arroyuelos por ver cómo el agua saltaba y enredor de la piedra formaba círculos parabólicos, tomaba cañitas y ramas secas que caían de los árboles y, jugándolas entre sus manos como pétalos de rosa, mirando á la frente del hombre, hacíase cruces.

V. Y llegado que hubieron á un lugar donde un tronco caído ofrecía descanso al caminante y un regato cristalino convidábale á beber, entrambos tomaron asiento.

VI. Ante ellos, el panorama de la ciudad santa se extendía, como manso rebaño de purísimos vellones, que acariciaba el cielo.

VII. Y bandadas de pájaros parleros y mudos jugueteaban volando, y posábanse en los árboles, para dar gracias al Señor. ¡Hosana!

VIII. Y aconteció que estando el cielo limpio, sin una nube, como ojo sin mal, cruzó el aire una blanca paloma, cuya blancura diz que aun al mismo sol daba luz.

IX. Y en viéndola el hombre de madura edad, torbósele la faz, y mesándose las barbas, tomó al niño de la mano.

X. Y tomándole de la mano, le dijo: *Echa pa lante*, que ese volátil camino de casa lleva, y temiéndome estoy que encuentre á tu madre sola y tengas luego hermanico, sin que ella consulte conmigo. Y esto, no; no hay cuerpo ni cabeza que lo sufra.

XI. Y llegaron á la ciudad.

XII. Y entraron en el huerto.

XIII. Y entraron en la casa.

XIV. Y hallaron á la madre en oración.

Diego San José.



El confesonario

PILAR MONTERDE



UNQUE no estoy en peligro de muerte, ni la virgen de la Esperanza lo quiere, voy á hacer confesión general, accediendo al galante ruego del Director de LA HOJA DE PARRA.

Además, lo hago con mucho gusto, porque en el caso presente mi confesor es el público. Y como del público vivo, con él me confieso, en la seguridad de que me absolverá.

*Desde chíquirritina
fué el baile mi afición.*

(No crean ustedes que voy á cantar *Las doce y media y sereno*), y á los catorce años ya



PILAR MONTERDE

tenía yo más pretendientes que un Ministerio. El mero hecho de ser mujer ya es suficiente para tener adoradores, y si la mujer es artista mucho más; y si, por añadidura, es como la que soñó el poeta, *morena y sevillana* (yo lo soy), pues..... ¡el delirio!

Para enamorar los hombres, son iguales en todas las latitudes. Ahora bien; yo, que soy un poquito observadora, he notado que los españoles son más difíciles de atrapar.

Los hombres del «otro mundo» no tienen nada de «vivos». Yo he estado más de una vez en América y puedo certificarlo.

Recuerdo que había dejado las «varietés» para dedicarme al género chico, y actuaba como tiple cómica en el teatro Principal, de Méjico. Un rico comerciante de allí, que se llamaba D. José Palomino, se enamoró perdidamente de mí. Todas las noches, desde el palco que ocupaba, me dirigía miradas incendiarias, y se quedaba alelado mirándome. Realmente estaba aquel Palomino «atontao».

Al cabo de un mes, hallándome en mi cuarto, recibí una carta. Abríla (esto parece el femenino de Abril, pero no lo es) y empecé á leerla. En aquel momento oí una voz detrás de mí, que decía:

—¡Vuelva usted la carilla, por Dios!

Dí vuelta á la hoja, y estaba en blanco. Entonces, la misma voz tornó á decir:

—¡Vuelva usted la carilla tan gitana que tiene y apiádesese de mí!

Volvíme y me encontré con el Sr. Palomino, que me devoraba con la vista.

—Yo he sido el que ha escrito esa epístola amorosa que tiene en sus manos—exclamó—, y no pudiendo contenerme, he venido yo mismo por la contestación.

—Ya veremos—le respondí.

—Estoy loco por usted. La seguiré á todas partes; caeré rendido á sus pies; ¡lo juro!

—Repito que ya veremos.

—Y yo repito que caeré rendido á sus pies—y se marchó sin decir más.

Terminó la función, y yo tomé el único coche que pude encontrar, pues mi casa estaba bastante alejada del teatro. Cuando descendí del vehículo, un hombre cayó delante de mí, y sudoroso y jadeante me dijo:

—Acabo de cumplir mi juramento. He «caído» á sus pies «rendido».

Era el pobre Palomino, que me había seguido corriendo tras el coche.

Y ahora, naturalmente, querrán ustedes saber si me compadecí de Palomino... Pues..., la verdad, no me acuerdo.

—Tú ser más guapa que nuestras «mujeras». Yo adorarte, cristiana... ¡Por Alá! ¡Por Alá!

El moro era de lo mejorcito en su clase. Le miré, pero acordándome en aquel momento del Señor del Gran Poder, exclamé:

—No es por ahí, morito; es «por alá, por alá»—y le indicaba al propio tiempo la salida del hotel.

Pilar Monterde.



ADULTERIO



—¡Serrana! Partía con usted el rancho, man—que me quedara sin chorizo.

Y para no cansar más, les contaré mi última aventura amorosa, ocurrida el pasado mes de Diciembre en Melilla, adonde fui contratada para actuar en el Salón Imperial, porque, dicho sea entre paréntesis, he dejado el género chico para volver á las «varietés».

Excuso decir que el elemento armado se revolucionó con mi presencia, y todos se dispusieron al asalto. Pero el que con más calor lo tomó fué un moro, que no era precisamente un moro de «paz», aunque era un moro amigo, amigo de las mujeres guapas, por lo que pude ver.

—El hijo del Profeta se parecía á nuestro Dios, pues estaba en todas partes. Una noche, al retirarme á mis habitaciones en el hotel, me salió al encuentro, diciéndome:

DESPUÉS de haberle echado de aquella manera violenta, insultándole, con un noble gesto de dignidad ofendida, Luisa quedóse pensativa frente á la puerta, cerrada de un golpazo, arrepintiéndose de lo hecho. El atrevido tenía disculpa. La quería. ¿Acaso no era eso lo más importante?

No. Más importante era su honor. ¿Faltar al marido? ¡Nunca! Aunque la cercasen todas las asechanzas del demonio.

Al poco tiempo, el esposo llegó jadeante, ahogándose del asma, en busca de la tranquilidad del hogar. Cenaron.

Ella estaba nerviosa, sin hablar palabra, recordando la escena. Enrique, el amigo de su marido, transformó la visita de confianza en una atropellada declaración de amor. La acosó, suplicándola, tratando por la fuerza de obtener sus caricias. Estaba loco. Ella tuvo que rechazarle casi á puñetazos. Y menos mal que nadie se enteró. ¡Si llega á estar la criada!

Le veía... Buen mozo, joven, guapo. Y también á su marido, un carcamal que sólo piedad inspiraba.

—¿Qué tienes, hija?

—Nada.

¡Hija! Eso parecía. Una hija buena, que le cuidaba. Esposa... no. ¡Qué rabia! Casi sentía que no se hubiese atrevido el otro.

Se acostaron. Entre las ropas blancas se hundió sintiendo la frescura del lecho. No podía calmar su inquietud anhelante. Recordaba al que quiso besarla, y sufría.

Incitó al marido con su carne, prieta de juventud. Le daba asco aquel toser, pero sin embargo...

Cuando se sintió... murmuró cerrados los ojos, para ella sola, como un susurro:—¡Enrique! ¡Enrique!...

Tomás Borrás.

UN CUENTO VIEJO

URAS de mucho pensarlo, el bueno de Don Adrián acabó por acceder á los deseos de su esposa, mujer moza y no mal parecida, y una mañanita la garrida Isabel arregló las maletas, que fueron colocadas, con toda la solemnidad que el caso requiere y con unas recias cuerdas sujetas, en la trasera del carricoche que había de conducirle á ella y á su marido á Valdecabritos, que era la estación del ferrocarril más próxima.

Restalló Don Adrián la fusta, se agitaron los pañuelos en señal de despedida y el jarmelgo emprendió un trotecillo cochinerito.

Anda que te anda, se pasó la mañana y vino la tarde y con ella comenzó á oscurecer.

Isabelita, más contenta que unas castañuelas, sólo pensaba en su llegada á Madrid y en lo mucho que allí había de divertirse.

De vez en cuando miraba á su esposo y reflexionaba en cuán poco convenían á sus juveniles años los muchos de su marido, tan falto de arrestos y energías.

Don Adrián, que jamás pensó en emular las hazañas del Cid ó las temeridades de los caballeros de la Tabla Redonda, se daba á los demonios viendo que el poco brío del penco alargaba el viaje más de lo debido y que aún faltaba por atravesar un monte bastante peligroso, sobre todo, para quien llevaba en la cartera unos cuantos cientos de pesetas y en el equipaje la flor de su ajuar.

La mala ventura de los viajeros bizoles topar con una pareja de desalmados, que, buscando leña en el bosque, se encontraron con la bonita coyuntura de robar un jaco, mucha y flamante ropa y una cartera repleta de esos pintarrajeados papelititos que edita el Banco con una prodigalidad tal vez excesiva.

Las escasas fuerzas de Don Adrián se estrellaron ante el empuje de los gañanes, que con los cordeles de los baules amarraron al matrimonio.

Don Adrián fué atado á un alcorneque y la buena de Isabelita rodó por tierra, quedando en la más triste de las posturas, pues el desorden de sus ropas, que los ladrones no tuvieron el buen gusto de corregir, mostraba tesoros que hasta aquel entonces—así lo pensaba él al menos—sólo había disfrutado el aprisionado marido.

Inspirándose en la pura filosofía, aguardaba Don Adrián á que los tunantes se llevaran el botín y la diosa Casualidad hiciese pasar

por aquellos parajes almas caritativas que les librarán del cautiverio.

Pero la fatalidad quiso que Don Adrián apurara hasta las heces el cáliz de la amargura.

No satisfechos los bandidos con desvalijar



—¡Caracoles! ¡No sea usted tan gráfica, que yo soy muy nervioso y voy á pasar una noche agitatísima!

al matrimonio, les dió el naípe por reparar en el buen palmito de la esposa, y prevalidos de la impunidad que les ofrecían las recias ligaduras del marido, consumaron ante él el más odioso de los atentados.

¡Infeliz Isabelita, de qué poco te valieron tus ayes y entrecortados suspiros! Aquellos malvados se despacharon á su gusto.

Al fin quedaron solos. Ella, roja como una amapola; él, blanco como un lirio.

Han pasado muchos años.
Don Adrián es un viejo decrepito é Isabelita frisa en los cuarenta.

Un negocio les ha obligado á emprender un viaje, y marido y mujer, solos en la diligencia, cruzan el bosque famoso.

La hora y el paisaje les recuerda la escena de antaño, y él, con melancolía, exclama:

—¡Qué horror! ¿Te acuerdas, Isabel?

—¡Calla, Adrián! ¡Cuánto sufrí!

AL VOLVER DE LA COMPRA



La señora. —Pero, Manuela, ¿dónde tiene usted los ojos? Los salmonetes, podridos, y la merluza, atrasada.

La doncella. —Perdone usted, señorita; estaba distraída, y mientras, el pescadero me metió lo que le dió la gana...

Un suspiro enigmático pone punto á la queja de la mujer.

Don Adrián mueve incrédulo la cabeza, y por último, dice con alguna ira:

—Pues tú, bien quieta te estabas.

—¡Ay, hijo; era por llegar antes al fin de mi suplicio! Si aquello dura diez minutos más, me muero. Los malos tragos hay que pasarlos pronto.

Y un nuevo suspiro sella la protesta de la esposa ofendida.

Antonio de Lezama.

CANDOR

Las mujeres eran, para Luis, ángeles; las veía pasar por su lado como celestes visiones.

Aquella, alta, esbelta, elegante, de mirar activo, le impresionaba respetuosamente como un amor imposible. La otra, rubia, pizpireta, que saltaba riendo con sus amigas, le parecía inocente niña cuyos ojos se cerrarían si un hombre la mirase.

Una mujer del brazo de un hombre, era para Luis el amor consagrado, digno de respeto y envidiado de todos.

Mirar á una mujer que iba con un hombre, jamás se le ocurrió; suponía la cara de «él» tremenda, furiosa de celos; la de «ella», despreciativa, grave, ofendida. Y Luis soñaba con mujeres hermosas, con vírgenes cándidas y puras, como las Vírgenes de los altares.

Un día, marchando por la calle, despacio, sumido en sus contemplaciones, le miró una mujer hermosa.

Sí; no cabía duda, le había mirado «ella».

Sintió en su pecho algo que se le escapaba, en su garganta un vaho sofocante y en su vista un rayo de luz que le cegaba.

Creyó caer al suelo; tuvo que apoyarse en su bastón para seguir andando.

La mujer iba delante de él muy despacio; todo ello había durado un instante. Luis apresuró el paso.

—Me habrá confundido con alguno, tal vez con su novio—reflexionaba—; porque aquel mirar fijo, penetrante... ¡Dios mío, si esa mujer llegase á querérmel!

Estaba á su lado. Un valor desconocido, que á él mismo le aterraba, le hizo hablar.

Habló, y ella le miraba... le miraba.

Acababa de anochecer y el ruido de la población se escuchaba á lo lejos confusamente... ¡Y á los pies de aquella mujer puso Luis su vida, su porvenir, su alma, lo que quisiera!...

—Algo menos, hijo mío, algo menos.

Y murmuró á su oído una cosa pequeña que no era alma, ni porvenir, ni vida.

Luis empujó furiosamente á la hermosa y rió á carcajadas como un loco.

Arrojó una moneda al suelo.

—¡Toma!

Y huyó desolado, con los brazos caídos, mirando al cielo coléricamente.

¡Como si el cielo tuviese la culpa!...

José Brilssa.

—No tengas miedo por esta noche, digo, mientras estés conmigo.

—Mira que es muy mala persona, que ha cumplido hace poco una condena casi por mi culpa, y es de los que cortan el bacalao.

El aludido notó que nos íbamos, la llamó dándole un calificativo mal sonante, aunque justificado, y añadió dirigiéndose a mí:

—También hay una copa pa usted, y no se asuste de lo que pase.

—Hombre, todavía no encuentro motivo para ello.

—Usted no sabe la pájara que trae á su vera. Esto, adornado con las actitudes que yo después aproveché en *El Mozo Crío*, y rechinando los dientes en las pausas, mientras se cercioraba de que llevaba en el bolsillo un tremendo cuchillo cuya vaina estaba hecha con papel de periódico.

Entre insultos y copas de mal aguardiente transcurrió una media hora y pude enterarme del resentimiento que con ella tenía.

Parece ser que el tal, además de *valiente*, era *jugador de ventaja*, y habiendo preparado unas barajas para hacer una *encerrona* á un tratante de ganados, ella le había dado el *chivatazo*, impidiendo que éste cayera en el garlito y dando lugar á una bronca en la que hubo disparos al aire, desacatos á la autoridad y uniformes rotos.

El *guapo* no sintió el estar preso, según afirmaba; eso es un timbre de gloria para un valiente profesional; lo que no le perdonaba era la soberana paliza que le propinó un sereno. Yo me defendí, á poco de oírlo, de que su valor

Comentando en el café Inglés lo que dejo contado, un amigo que frecuentaba por entonces el café de las Igorrotas, me dijo:—D. José (algunos me llaman así, lo cual no agradezco, pues más me halaga Pepe, y si, á ser posible, Pepito. Creo que el hombre que vive con ó del público empieza á tener personalidad cuando pierde el tratamiento); D. José. ¿Recuerda usted las locuras que hizo por caerle en gracia á la pobre Lolita?

—En este momento, no.

—Pues yo, sí. Una vez, no sólo á ella, sino á todos, nos hizo reír más que en escena, cuando entró usted vestido de torero por enterarse de que empezaba sus relaciones con el matador que cita.

—Sí, ahora recuerdo. Por cierto que me debieron matar aquella noche ó, por lo menos, tirarme un vaso á la cabeza.

—¿Quién, hombre; si resultaba muy gracioso vestido de corto, con lentes y coleta.

—Cosas de la edad; hoy no me atrevería. Ya me corté la coleta en eso de las locuras.

—¿Sí? ¿Caramba! ¿Qué poca memoria! ¿Dónde iba usted no hace muchos días con lechugas, cebollas y creo que una *merluza*, por mitad de la calle de Toledo?

—¡Ah! Sí. Iba á convidar á «El Lolo», el gracioso vendedor de «pom de terr», de la calle de la Ruda, para celebrar el triunfo de un compañero que ha salido concejal.

—¿Qué concejal ha sido cómico?

—Francisco Mora. ¿Tú no recuerdas el zapatero de *El chateco blanco* en la compañía Cereceta?

—Sí, señor.

—Pues ese era Francisco Mora.

—¿No se reirán con él en las sesiones del Ayuntamiento?

—Al contrario; es hombre muy serio y de las personas más sensatas que he tratado. Cuando, hará unos veinte años, Rafael de Lara, él y yo, tratábamos ya de fundar la actual Sociedad de Actores, Mora representaba en todas las discusiones el fiel de la balanza y siempre hizo gala de fácil y razonada oratoria y de profundos conocimientos del socialismo.

—Volviendo á las lechugas.

—¡Ah! Se trataba de una ensalada de escabeche y huevos cocidos. ¡En cuanto á la «merluza», te equivocaste en la cantidad; era sencillamente una «tajada».

Andando recorriendo una noche los barrios bajos en busca de Antonio Soriano, que tenía por allí una de sus innumerables novias (Soriano es terrible como conquistador, y quitando á Manolo Vico y Paco Torres, no recuerdo otro que amenice mejor una reunión), tropecé con una camarera que en varias ocasiones me había proporcionado disgustos por su coquetería y la convidé en una mesa de su *turro* en el café de la Berengena.

Distraída con mi conversación ó cansada de servir por aquella noche, no atendió con solícitud á unos pelmazos que ocupaban otra mesa.

El dueño, en vista de esto, la regañó en mi presencia en esta ó parecida forma:

—Mira, Fulana, con permiso de Ontiveros vas á cumplir con la *parroquia*, ó con permiso de Ontiveros...

—Adelante.

—... te doy una *patá* en mitad...

—Con permiso—dije yo—, para eso no doy permiso.

—Es que á mí me sobran reñños para eso y para abrir en canal á quien la defienda.

—Tampoco puedo permitir esa apertura.

—Bueno, ¿sabes lo que digo? Que te quites el delantal y no me vengas luego con recomendaciones.

—¡Como las balas!—dijo ella—. ¡Pues hijol Se habrá usité figurao que si me voy de su casa me va á faltar qué comer.

—¡Halal! ¡Halal! A entregar la cuenta.

Liquidó en el mostrador, se rebujó en su mantón alfombrado y del brazo salimos á la calle, no sin decir á voces desde la puerta:

—Se mete usité su café donde le quepa, que me están esperando á mí en un puesto del Prao que quita la cabeza. ¡Pues hijol... Vamos, Pepe.

De allí nos dirigimos al cafetín económico y churrería de la calle de Toledo, y al llegar al centro dió media vuelta rápida y me dijo:

—Vámonos, por Dios.

—¿Qué pasas?

—Que he visto en aquel rincón á un *novio* que tuve en Cartagena y que ha jurao *corramme* la cara.

RAMIREZ ANGEL

Nuestro fraternal camarada Emiliano Ramírez Angel, que acaba de marchar á París, donde va á encargarse de la sección española de una importante Casa Editorial, fué despedido hace pocas noches con una comida por varios de sus amigos y admiradores.

Rato después de la fiesta—simpática, porque todo fué en ella juventud—un gran literato, tan estupendo literato como perfecto pecador, Pedro Luis de Gálvez, al dar el último abrazo por ahora á Ramírez Angel, improvisó sobre la mesa de un café un soneto que merece copiarse:

¡Á EMILIANO RAMÍREZ ÁNGEL

con motivo de su marcha á París.

En tu rostro moreno, júcaro, agitanado,
en tu rostro de chulo que toca el organillo,
hay un gesto gracioso, de truhán y de pillo,
que todos los secretos del amor ha gozado.

Quizás enamorado de alguna modistilla,
paseaste el castizo barrio de Curtidores,
y gozaste el encanto de fáciles amores
en algún reservado galante en la Bombilla.

Sabes del Madrid clásico el encanto secreto;
á una loca morena has escrito un soneto
celebrando su gracia canallesca y chulapa;
y una tarde, en el baile de *La Flor*, la di-

— ¡jiste
un madrigal gallardo y un picaresco chiste,
en tanto que tendías, bajo sus pies, la capa.

¡PEDRO LUIS DE GÁLVEZ.

A nosotros nos entristece un poco el viaje de Emiliano, noble y bueno, porque nos resta un gran amigo de aquellos que negaba Schopenhauer; pero nos anima la certeza de que quien «vió» este pueblo nuestro y nos le mostró tan hábilmente como el autor de *Madrid sentimental*, «verá» París y escribirá de él admirables artículos, muchos de ellos con destino á LA HOJA DE PARRA.

EN EL BAILE

Para Carlos Miranda.

—¿Lo hacemos, prenda?

—¿Es pa el chotis?

—Pa el chotis, ú pa la Marcha Real que van á tocarnos

cuanti que vean la gracia
de ese cuerpo menudito,
y ese peinao de gitana,
y esos ojos de azabache,
y esa boca, y esa cara...
—¡Camará, qué letanía!
—¿No le gusta á usted mû larga?
Pues la tengo de esa forma
pa las güenas jichas, ¡mi alma!

LA «PÚPILA» DE UN MINISTRO



—¿Y qué es lo que te han nombrado?

—Embajador, hijita, embajador.

—Oye, ¿y por quién se ha enterado el ministro?

—¡Vamos á ver los castizos!

—Oiga; suba usted la mano más pa la cintura.

—¡Ay, chachal!

¿Pero es esto la cintura?

—¡Digo!

—¡A cualquier cosa llaman chocolate las patronas!

¡Si esto es un junco, sultana!

—Vamos, niño; ¡menos filfas!

—Aquí no hay coba que valga;

¡si es que le troncho á usted el talle,
si aprieto un poco!

—¡Tronchaban!

Déjese usted de pamplinas,
y baile mejor que baila,
y guárdese usted la lengua
por si aluego le hace falta,
que lo que es por ahora...

—Niña:

reticencias, no; ¡que azaran!
Yo bailo como es debido.
Si usted no se retirara
tanto...

—Pues con tó y con eso,
me va usted haciendo la pascua
con esa llave que lleva
en el bolsillo.

—¡Tié gracia!
¡Si es que soy teniente alcalde,
y llevo áhi guardá la vara!
—Diga usted que es del comercio
de tejidos.

—¿Yo? Sí, ¡magras!
Acérquese usted, y le juro
que hacemos mil filigranas
con nuestros cuerpos juncales.
—¿Y su agüela?

—Muy bien, gracias.
—¿Conque acercarme? ¡Te veo!
¡Ni que estuviese yo en Babia!...
Rasúrese usted, municipe;
que se trái usted una cara,
que es talmente el acerico

de una viuda.
—Son las barbas;
pero en seguida me afeito.

—Pué ser que ya estén cerradas
las barberías.

—Mú fácil;
pero yo me lo hago á máquina,
y si usted fuera castiza,
de chipén, me acompañaba
y en cinco minutos...

—¡Claro!

A ver si vuelve el Legaña,
y le pediré la venia.

—¿Quién? ¿Su marido? ¡Caramba!

—Ya nó può tardarse mucho,
porque hace dos horas largas
que se fué con la Remiendos...

—¿Con mi mujer? ¡Qué cachaza,
tíusté!

—Pachorra, la suya.
—¡Digo! Pues usted tié calma.

—¡Quiá! ¡Si es que yo quió pescarlos
en fregante!

—¿Sí? ¡Pues hala,
que ahora los cogemos!

—¿Dónde?
—¿Dónde ha de ser? En mi casa.

Mariano F. Conde.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL

Marqués de Cubas, 7.—Madrid;

¿Por qué no se debe fumar?

PEDID EL FOLLETO DEL EMINENTE

= Doctor D. Antonio Martín Orozco =

Y OS CONVENCERÉIS DE LOS PERJUICIOS QUE ESTE ARRAIGADO VICIO OCASIONA

Se facilita **GRATIS** en todas las buenas Farmacias de España

y en la **Sociedad Anglo Ibérica-Apartado 350-Madrid**

LA HOJA DE PARRA

• REVISTA FESTIVA •
APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración inédita de los más ilustres escritores y dibujantes

NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas:

MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO



Apartado de Correos número 547

MADRID